

Angélica Sátiro:

Hablaré en portugués, pero en algunos momentos hablaré en castellano y español, porque es una lengua común de las dos personas que están aquí.

El nombre de nuestra mesa de diálogo es «La fragilidad del mundo y la fuerza de la educación».

¿Por qué pensamos que es importante el pensamiento crítico como eje de este Congreso de Educación y Cultura?

Porque vivimos en nuestras ciudades y en el mundo un momento de polarización, un momento de cultura del odio, un momento de falsas verdades, un momento en el que es muy difícil saber qué hacer, porque el mundo se ha vuelto frágil.

Esta es la razón por la que tenemos esta mesa de diálogo.

Lo he explicado, pero antes de empezar, me gustaría presentar a estas dos personas que están aquí, porque para mí son dos personas muy queridas, queridas, admiradas y reconocidas. Son grandes personas.

Creo que son dos de los pensadores contemporáneos más importantes, cada uno en su ámbito. A ambos les encanta conocer, les encanta la educación y les encanta el pensamiento.

Os recomiendo que leáis sus libros, porque son libros que vale la pena leer, porque han sido muy pensados, reflexionados y escritos con gran maestría.

Así pues, tanto Juan Carlos Mèlich, filósofo catalán, con muchos libros y profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, como Marcia Tiburi, filósofa brasileña, que fue profesora en París VIII durante mucho tiempo, son también doctores en educación... Filosofía, perdonadme.

Ambos tienen en común, además, el hecho de pensar a partir de absolutos. Así pues, Marcia piensa a partir del fascismo, cuestionando el fascismo, y Juan Carlos piensa cuestionando los totalitarismos.

Así pues, podremos pensar este mundo polarizado conjuntamente con estas dos personas, porque dedican mucho tiempo a hacerlo, ¿de acuerdo?

Ahora, además de presentarlos con afecto, quiero deciros que podéis leer en la página web todo su currículum, porque es impresionante, ¿de acuerdo?

Y sí, Marcia y Joan, quiero presentar a las personas que están allí.

Allí arriba, en las escaleras, tenemos adolescentes, niñas y niños que son congresistas desde el pasado septiembre y que también trabajan el pensamiento crítico y están aquí para poder escucharnos.

Y aquí tenemos a las personas que, en sus ciudades, cada día luchan, cada mañana se levantan y luchan para hacer de su ciudad una ciudad educadora.

Y como un diálogo no es solo cosa de quienes hablan, sino también de quienes escuchan, me pareció importante presentar a unos a otros.

¿Empezamos?

Vamos allá.

Muy bien.

Dicho esto, me gustaría tener presente toda esta cuestión: las ciudades no pueden convertirse en campos de batalla.

Y con la cultura del odio, con la polarización, de alguna manera esto está pasando.

¿Cómo?

Haremos aquí dos preguntas: ¿qué abre el espacio para el desarrollo del pensamiento crítico en el contexto actual, según vuestra opinión? ¿Y cuáles serían estas condiciones concretas que hacen posible el pensamiento crítico en una ciudad educadora?

¿Quién quiere empezar?

¿Puedo empezar?

Vamos allá.

Márcia Tiburi:

Buenos días a todos.

Buenos días a mis compañeros y compañeras de debate.

Gracias, Angélica, por la invitación a estar aquí.

Felicidades a los organizadores.

Es un placer estar con vosotros.

En primer lugar, creo que es importante definir, empezar por definir qué es una ciudad.

Y una ciudad, como todo el mundo sabe, es un lugar donde vivimos según las leyes, según las instituciones que existen, construyendo estas instituciones.

Al mismo tiempo, podemos decir, desde un punto de vista más filosófico, que una ciudad es un lugar determinado donde nosotros experimentamos estas instituciones, este espacio.

Y un lugar donde, hoy en día, también aprendemos a reivindicar derechos.

Muchos filósofos ya han debatido sobre el derecho a la ciudad.

Yo misma ya escribí un texto titulado «El derecho visual a la ciudad», porque vengo de una ciudad llamada São Paulo, que es una ciudad donde todo está en disputa, cada milímetro, incluso el espacio visual que experimentamos.

São Paulo es una ciudad donde hay mucha *pixação*, algo que imagino que vosotros, al menos aquí en Granollers, no conocéis tanto.

Pero São Paulo es una ciudad que se expresa mucho a través de lo que llamamos *pixação*, que son diseños, textos y poesías, y todo un trabajo de ocupación visual de la ciudad realizado por personas que están excluidas de ella, sobre todo por jóvenes que quieren tener un derecho a la lengua dentro de la ciudad.

Bueno, quería hablar de esto porque la ciudad también nos sitúa dentro de una determinada experiencia y, por tanto, en relación con la alteridad.

Y creo que esto es gradual, que es muy complejo, que depende de la ciudad, depende del lugar, del lugar de donde vengo, de São Paulo, por ejemplo, y de las ciudades brasileñas.

Tenemos una determinada experiencia con la violencia, una determinada experiencia con la exclusión y una determinada experiencia con la maldad y la estupidez de los gobernantes, de modo que vivimos en un estado de lucha, y la alteridad es una instancia, un lugar, un espacio negado en esta experiencia.

Bueno, yo llamo pensamiento crítico exactamente a aquello que se hace: la experiencia del pensamiento que se hace con la alteridad, y la alteridad considerada precisamente este espacio negado, un espacio negado que hay que conquistar.

Quería hacer un comentario y explicaros una historia muy concreta sobre el pensamiento crítico para que podamos entender de qué se trata de una manera muy concreta.

Siempre pienso que pensar, hacer filosofía, ejercer el pensamiento reflexivo es algo que necesita darse, que solo puede suceder en circunstancias situadas.

Es decir, pienso desde un punto de vista histórico, concreto, material, situado en un tiempo y en un espacio.

Esto significa pensar a partir de la historia, aquello que a los marxistas les gustaría llamar materialismo histórico.

Me gusta mucho esta perspectiva.

Pero quería explicaros algo que supe hace pocos días y que me dejó en estado de shock, muy incómoda, pero que también sirvió para restituir la función y el sentido de lo que aquí estamos llamando pensamiento crítico.

En Brasil —Brasil es un país muy grande, con más de doscientos millones de habitantes— hay, como en todos los países, intelectuales públicos.

Yo misma, en Brasil, soy más o menos una intelectual pública.

Eliane Brum, que está aquí, también.

Somos personas que aparecemos en la escena pública en diferentes grados.

Y hay uno de estos intelectuales públicos que es muy rico, que recibe cerca de setenta mil reales, creo que unos veinte mil dólares, quince mil dólares, por dar una conferencia, y que es muy conocido. Tiene millones de seguidores en las redes sociales y es muy conocido.

Y tengo que contaros esta historia.

Este hombre es muy respetado porque tiene buenas opiniones sobre muchas cosas, pero hace pocos días hizo algo que fue muy grave.

Hizo una publicidad para un banco, por la que probablemente también debió de haber recibido unos cuantos millones.

Y en aquella publicidad dijo que el pensamiento crítico es importante, pero que lo más importante es tener una tarjeta de aquel banco y poder pagar la compra en diez plazos.

¡Qué horror!

Es decir, vendió aquello que llamaba pensamiento crítico.

Me indigné mucho porque también me gusta mucho defender el pensamiento crítico, creo que trabajo con el pensamiento crítico y no creo que nadie —ni yo, ni Angélica, ni Joan, ni ninguno de vosotros— pueda vender el pensamiento crítico.

Porque el pensamiento crítico es precisamente aquello que no se puede reducir a mercancía, no se puede transformar en mercancía, precisamente porque este pensamiento crítico confronta, se enfrenta a la forma mercancía.

¿Qué es la forma mercancía?

La forma mercancía es una forma social mediante la cual las cosas se pueden vender.

Recordémoslo: este pensador que vendió el pensamiento crítico es un hombre blanco.

El hombre blanco también es una forma mercancía, pero no es una forma mercancía como esta garrafa de agua, como este bolígrafo, como nuestra ropa o como nuestros cuerpos de mujeres, de gais, nuestros cuerpos trans, nuestros cuerpos negros, nuestros cuerpos de personas que son otra cosa que el hombre blanco.

El hombre blanco es la forma social que es el propio capital.

Solo un hombre blanco podría vender de esta manera el pensamiento crítico, aunque no tuviera la piel blanca y aunque no fuera un hombre, porque estamos hablando de una forma social.

Por tanto, la forma social interiorizada del hombre blanco capitalista, que es necesariamente patriarcal y necesariamente racista, es la que puede vender el pensamiento crítico, incluso porque el pensamiento crítico extingue en el futuro, en el proceso histórico de su propia acción concreta, al hombre blanco.

Quiero decir que extingue la forma social del hombre blanco, transformando a todas las personas en iguales unas a otras.

Finalmente, quería añadir un detalle que me parece muy importante, desde mi propia perspectiva, evidentemente.

Pensando de esta manera situada, solo puedo pensar a partir de mi propio lugar.

Yo hago el esfuerzo personal, y esto implica un deseo ético y un impulso ético de aquel individuo, de aquel cuerpo que piensa, de realizar, de anticipar, de poner en escena el respeto por aquello que he llamado alteridad.

¿Quién es la alteridad?

La alteridad es el otro.

El otro cuerpo, la otra cultura, la otra lengua, la otra experiencia de pensamiento, el otro espacio, el otro territorio, la otra ciudad, la ciudad del otro, el país del otro.

Y, desde esta perspectiva, pienso que hoy es muy útil y muy válido conectar la noción de pensamiento crítico con el pensamiento decolonial, anticolonial y contracolonial.

Solo puedo pensar a partir de mi perspectiva y, para pensar críticamente, necesito pensar descolonizando mi propio pensamiento.

Es decir, necesito retirar la forma del hombre blanco de dentro de mí.

Necesito desburguesizarme —¿cómo se traduce esto?—. Necesito despatriarcalizar mi propio pensamiento, mi propia lengua, quizá mi propio cuerpo.

Necesito desracializarme.

Y nada de esto es posible en un lugar concreto, o en el espacio real y concreto de este momento histórico, sino a través de este esfuerzo reflexivo, que es al mismo tiempo un esfuerzo de imaginación.

Solo puedo poner al otro, a la alteridad, en mi perspectiva si tengo imaginación.

Y por eso necesitamos, contra el capitalismo patriarcal, racista y colonialista, mucha imaginación.

Y es a través de la imaginación que las mujeres han sobrevivido a las guerras, es a través de la imaginación que los pueblos de los lugares más diversos han sobrevivido a sus «algos» que hacen la guerra.

Es a través de la imaginación que las personas han superado los sufrimientos impuestos por el capitalismo patriarcal.

Por tanto, yo resumiría el pensamiento crítico de esta manera: es una determinada forma de construir una perspectiva en la dirección de la alteridad, recordando de dónde venimos, quiénes somos, cómo nos hemos convertido en quienes somos, a partir de qué lugar pensamos y haciendo el esfuerzo radical de desmontar dentro de nosotros las interiorizaciones producidas por el sistema.

Muchas gracias.

Angélica Sátiro:

Bueno, Joan, hemos escuchado estas condiciones concretas que Marcia Tiburi ha propuesto.

¿Cuáles son las tuyas?

¿Qué es lo que abre el espacio para el desarrollo del pensamiento crítico?

Joan-Carles Mèlich:

Muchas gracias, Angélica.

Gracias a todos por estar aquí, al comité organizador por invitarme y a Marcia por este inmenso placer de compartir esta charla, con lo que personalmente estaría completamente de acuerdo.

Es más, me ha gustado mucho cómo ha sonado y las palabras que ha subrayado.

La palabra alteridad, por ejemplo, está claro que para mí también es radical.

Al principio, cuando me propusieron este tema del pensamiento crítico y lo comenté con mis compañeras en una reunión que tuvimos, enseguida pensé en una frase que escribe el filósofo alemán Walter Benjamin al principio de su precioso libro titulado *Infancia en Berlín hacia 1900*.

La frase de Benjamin dice lo siguiente:

«Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en un bosque requiere aprendizaje.»

Hace muchos años que esta frase me ronda por la cabeza y la encontré en este libro, *Infancia en Berlín hacia 1900*.

Benjamin es un autor marxista de la primera generación de la teoría crítica.

A partir de esto, intentaré responder a la pregunta de Angélica, pero le daré un poco la vuelta.

La pregunta no será tanto qué es lo que hace posible el pensamiento crítico —que me parece que es lo que preguntabas—, sino justamente lo contrario.

¿Qué hay en nuestras ciudades que impide actualmente el pensamiento crítico?

Y seré muy concreto, con el riesgo de parecer superficial, porque, lógicamente, cada una de las cosas que diré merecería una larga explicación.

La primera cuestión —bueno, diré tres o cuatro—, pero antes de nada nombraré la filosofía que creo que se está imponiendo en nuestras sociedades, ciudades y universidades.

Yo la llamaría la lógica de la razón tecnoeconómica, la lógica tecnoeconómica, el imperialismo de la lógica tecnoeconómica.

Nuestras sociedades, nuestras ciudades y nuestras escuelas están siendo colonizadas por lo que yo llamaría la lógica tecnoeconómica.

Hasta ahora podríamos decir que Marx —cuando digo «hasta ahora» quiero decir, por ejemplo, hasta Marx, hasta el siglo XIX y también buena parte del siglo XX— consideraba que lo económico, como ha dicho muy bien Marcia, era lo que Marx describe muy bien: esta colonización económica del mundo, del mundo capitalista.

La primera frase de *El capital* comienza con la noción de mercancía.

Esto no es ninguna tontería.

Las sociedades capitalistas se caracterizan por poder transformar todo en mercancía.

Todo es algo que se puede comprar y vender.

Entonces, yo creo que a esta visión, a esta colonización económica del mundo, hoy se añade la dimensión tecnológica, que no se debe confundir con la técnica.

Yo pediría, a ver si somos capaces de hacer una distinción muy importante que normalmente no se hace, que es la distinción entre técnica y tecnología.

La técnica puede ser buena o mala, se puede utilizar bien o mal, y desde que existe el ser humano —o algo parecido— sobre la faz de la Tierra, existe la técnica.

Pero la tecnología es otra cosa.

La tecnología es un invento reciente.

La tecnología, como su nombre indica, se forma a partir de la palabra griega *logos*, y *logos* significa muchas cosas en griego, pero la más conocida es «razón», en el sentido de que hay una razón tecnológica; es decir, hay una visión tecnológica del mundo.

Estas perspectivas de las que hablaba Marcia, lo que hace la razón tecnológica o tecnoeconómica es negar cualquier otra perspectiva que no sea la suya.

Se impone una única visión del mundo, totalitaria, por supuesto, porque la tecnología es una visión totalitaria del mundo, porque niega cualquier otra perspectiva.

Entonces, una perspectiva que niega cualquier otra perspectiva deja de ser una perspectiva.

La perspectiva, por definición, tiene que ser múltiple, tiene que ser plural.

Si solo hay una perspectiva, no hay perspectivas.

Y esto es lo que ha hecho la tecnología, y esto significa que, si no hay perspectiva, no hay pensamiento crítico.

Intentaré ir acabando porque la cosa puede dar mucho de sí.

Muy brevemente, he dicho que enumeraría tres o cuatro —cuatro, quizá— aspectos de esta colonización tecnoeconómica del mundo para que podamos pensarlos y criticarlos, por supuesto.

La primera: la tiranía de la utilidad.

La razón tecnoeconómica impone como pregunta central: «¿Para qué sirve?»

Estudiaremos griego. ¿Para qué sirve el griego?

Estudiaremos filosofía. ¿Para qué sirve la filosofía?

Estudiaremos educación social y haremos una asignatura de Historia de la Educación empezando con la *Ilíada*. ¿Para qué sirve?

Ya veréis, cuando aparezcan los nuevos planes de estudios de Educación Social, cuántas asignaturas de Historia de la Educación hay.

Yo ya lo sé, de educación, no de educación social.

¿Sabéis cuántas hay?

Cero.

Cero.

Yo creo que un educador que no entienda que Europa se funda en la cólera de Aquiles no entiende nada.

Y que Europa también se funda en una prohibición: «No comas del árbol que hay en el centro del paraíso».

Si olvidamos esto, no entendemos nada.

Pero, claro: ¿para qué sirve esto?

Segunda cuestión: la burocracia.

Kafka se dio cuenta de ello, sobre todo a principios de siglo, cuando escribió sus grandes novelas, *El proceso* y, sobre todo, *El castillo*.

También Max Weber, en sus libros.

¿Cuál es la figura siniestra de la burocracia?

Hay muchas.

El expediente, por ejemplo. Kafka subraya la noción de expediente.

Antes de continuar, diré que yo estoy plenamente dentro de esta visión del mundo porque yo diré que la figura siniestra de la democracia es la figura del funcionario.

Y yo soy funcionario.

Pero me explico.

¿Qué ha pasado con la lógica tecnoeconómica?

¿En qué ha convertido al funcionario?

O, mejor dicho, el funcionario ha dejado de ser una figura administrativa para convertirse en una figura existencial.

Funcionario es aquel que realiza una función y que no piensa.

Hay un texto maravilloso del escritor marxista alemán Bertolt Brecht, en una historia del señor K, en el que un personaje pregunta a otro: ¿hay un funcionario que pregunta?

Si pregunta, no es un buen funcionario.

Si piensa, no es un buen funcionario.

Tened en cuenta —ya sé que ahora esto se tiene que matizar mucho— que cuando Hannah Arendt cubrió el juicio de Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS en Jerusalén, donde fue condenado a muerte por crímenes contra la humanidad, Adolf Eichmann, como tantos otros, no se limitó a decir: «Cumpló órdenes».

Más grave aún: Eichmann dijo: «Yo cumplía la ley».

Le preguntaron si, en caso de que le hubieran ordenado matar a su padre, lo habría hecho.

Eichmann respondió —esto es histórico—: «Si me lo ordena el Führer, naturalmente».

Eichmann habría superado cualquier control psicológico —no lo digo yo, lo dice Hannah Arendt—.

Eichmann no estaba loco; esto es lo más fácil de decir.

Como dice Hannah Arendt, era, desgraciada y terriblemente, alguien normal.

Tercera cuestión, voy muy rápido.

La hiperarceleración del tiempo.

Por ejemplo, mis estudiantes saben —y los saludo desde aquí— que cada vez las asignaturas duran menos tiempo, entran más profesores, los trabajos se hacen más rápidamente, los trabajos en grupo...

Que no se quede nadie, que sean trabajos en grupo, por supuesto, porque, si algo no son, es trabajos en grupo.

Pero bueno, esto ya sería otro tema.

La hiperarceleración del tiempo, lo que yo en mis libros he llamado la prisa.

La prisa.

Hay que, no sé cómo, en todo caso cada uno tiene que pensarlo, recuperar lo que yo llamaría una relación cordial con el tiempo.

Una relación cordial con el tiempo.

Una cierta demora.

Sin una relación cordial con el tiempo es imposible pensar críticamente, es imposible pensar.

Es imposible pensar.

Uno tiene que hacer, como primera condición para pensar: detente, detente, tómate tu tiempo.

Si alguien no tiene tiempo, el burócrata no tiene tiempo, el funcionario cumple órdenes.

Y, para terminar, una de las cosas más graves, y termino: la tremenda crisis de las humanidades.

Lo que está pasando en nuestras ciudades, en nuestras universidades y en nuestras escuelas con las humanidades es realmente muy preocupante.

Y cuando hablo de humanidades, pensad simplemente en leer, escribir y estudiar.

Hoy en día ya nadie escribe, todo el mundo redacta.

Pero redactar no es escribir.

Hoy en día nadie lee, todo el mundo busca información.

Pero buscar información no es leer.

Hoy en día nadie estudia.

¿Os habéis dado cuenta de que la palabra «estudiar» ha desaparecido?

¿Y qué ocupa su lugar?

Investigar.

Hoy en día todo el mundo investiga, pero nadie estudia.

Angélica Sátiro:

¿Ya está?

Sí.

Son dos grandes, muy bien. Esto también comunica, por eso es un diálogo que llevamos aquí entre todos. Gracias por vuestra comunicación.

Mira, como el eje del pensamiento crítico también estructuró la mesa en la que estaban Philippe Meirieu y Marina Garcés, pensé que nos ayudaría si también incluyéramos algunas cosas que han dicho, para ver cómo podemos avanzar a partir de aquí.

Meirieu afirmó que el pensamiento crítico es una relación insatisfecha con el mundo, es decir, que siempre queremos entender más el mundo; por eso es una relación insatisfecha. Marina Garcés afirmó que pensar críticamente ha sido entregado a cosas abstractas y que deberíamos salir de ahí, porque pensar críticamente es poder seguir cambiando nuestras comprensiones de la vida concreta. Yo pienso que esto nos ayuda a entender el lugar, el papel del pensamiento crítico en una ciudad educadora.

Y tú, Joan, has dicho que sin pensamiento crítico la ciudad dejaría de ser un escenario habitable. Y tú, Marcia, has dicho —no aquí ahora, pero lo has dicho en otros momentos— que el pensamiento crítico es lo único que puede sostenernos como especie responsable de la vida en el planeta.

Teniendo en cuenta estos conceptos, aquí somos gente que hacemos ciudad educadora. Me gustaría mucho que nos ayudarais a pensar de qué manera podemos tener en cuenta estos conceptos, esta manera de entender el pensamiento crítico, y de qué manera podemos hacer ciudad educadora utilizando nuestro pensamiento crítico.

Márcia Tiburi:

Entonces, Angélica, creo que siempre hay dos caminos disponibles. Uno es el gobierno y el otro es la educación. Por tanto, me gustaría desarrollar rápidamente un poco estos dos temas: el tema del gobierno y el tema de la educación.

Cuando he explicado la historia del filósofo que vendió el pensamiento crítico, hablaba de una persona que implosionó, que se autoimplosionó. En filosofía nos gusta hablar con términos divertidos, fantásticos para la pintada en la ciudad. Por ejemplo: autocontradicción performativa.

Pero podemos decir que la persona implosionó cuando dijo algo que se contradice en el mismo acto en que habla. Acabó con aquello que estaba diciendo en el mismo acto de decirlo. Y lo digo porque desde hace un tiempo he pensado mucho en la línea de Paulo Freire, que todos conocéis, que habló de una educación bancaria.

Y nosotros también podemos hablar de una filosofía bancaria. Y la filosofía bancaria y la educación bancaria son exactamente lo contrario del pensamiento crítico, exactamente lo contrario de una educación crítica. La educación crítica, que no es la educación bancaria, es aquella educación capaz de percibir y conocer los juegos de poder que se juegan sobre un cuerpo y de ayudar, por tanto, a una persona a alcanzar su autonomía.

Podemos decir que la educación crítica es, en realidad, una educación ética. Y aquella persona educada a partir de una educación crítica es autónoma y, por tanto, no se transforma en una mercancía, ni su pensamiento ni sus acciones. Y esta persona es quien puede gobernarse a sí misma y, junto con el mundo que la rodea, con los demás, con sus compañeros, construir un gobierno que no sea autoritario.

Eichmann, en Jerusalén, en su juicio. Eichmann, el nazi, como Franco, como tantos otros que conocéis muy bien, porque todos los países tienen los suyos, todos son paranoicos. Donald Trump, hoy; Jair Bolsonaro, en Brasil; y tantos otros.

Todos los candidatos a Hitler, estos hombres, ninguno de ellos conseguiría nunca desarrollar el pensamiento crítico, porque viven precisamente de un pensamiento prefabricado, porque fueron educados mediante una educación bancaria. Esto es cierto. No fueron, no son personas que se convirtieron en lo que son solo porque lo desearan.

Fueron embrujados, aburridos, impedidos de conocer la alteridad, a través de aquello que Theodor Adorno llamó la educación para la frialdad.

Y, Joan, también he recordado una frase de Theodor Adorno y Max Horkheimer, viejos pensadores cercanos a Walter Benjamin, que dijeron que la racionalidad técnica es la racionalidad de la dominación. Y esto discute precisamente con lo que usted ha dicho.

Y esta racionalidad técnica, que es la racionalidad del poder, que es la racionalidad de la dominación, es lo que nos convierte a todos en funcionarios de un sistema. Y no solo en funcionarios de las burocracias estatales, sino que nos convierte, sin duda, en funcionarios de estos *gadgets*, funcionarios de las pantallas, funcionarios de los ordenadores, de los teléfonos móviles.

Nos convierte en seres que funcionan de acuerdo con las máquinas, incluida la inteligencia artificial, que puede hacerlo todo menos imaginar.

Y cuando usted dice que ya nadie escribe, sino que redacta, es de esto de lo que estamos hablando.

Quería explicar, sobre todo para los jóvenes, algo que también me pasó hace unos días. Soy escritora y he escrito desde que aprendí a escribir.

De hecho, aprendí a escribir con una niña y por eso nunca he dejado de escribir. También pasé por una escuela, aquella escuela que enseñaba a dibujar letras. Y pensé: nunca he olvidado esta experiencia y pensé que podía seguir dibujando letras.

Por eso también diseño; todavía hoy diseño letras. Diseño libros de metros y metros y metros. Incluso ilustré un libro de Angélica Dass.

¿Por qué explico esto? Porque hace pocos días, terminando un libro que tardé ocho años en hacer y que terminé hace dos días —te lo expliqué, lo terminé aquí—, una persona con quien convivo me dijo: «¿Por qué no pones esto en la inteligencia artificial y lo resuelves todo?»

Y esta persona lo dijo basándose en el hecho de que la mujer escritora que ha ganado el premio Nobel este año utiliza la inteligencia artificial para escribir. Y es un escándalo, pero el mundo es esto.

Actualmente, la inteligencia artificial nos ha hecho cínicos a todos. Y yo respondí a aquella persona con quien convivo lo siguiente: «Pero yo existo porque escribo. Necesito escribir para sentirme viva».

Por tanto, no podría externalizar mi existencia a una máquina. Y de esto hablamos cuando nos rebelamos contra la inteligencia artificial, la racionalidad técnica y las tecnologías. Nosotros queremos existir.

Y existir es muy difícil en la era del espectáculo, en la era en que nuestras imágenes han sido transformadas en mercancías, en la era en que nuestros afectos, el odio y el amor también han sido transformados en mercancías.

Finalmente, creo que necesitamos gobernar. Y gobernar significa luchar por la hegemonía de nuestras ideas y tomar el poder.

Es decir, tenemos que organizarnos. Hace mucho tiempo que lo hacemos en los países más diversos y por eso el mundo todavía no ha sido destruido por personajes como los personajes autoritarios, los portadores de la personalidad autoritaria, como Hitler, Franco, Bolsonaro o Donald Trump.

Resistimos, evidentemente, porque mantenemos vivo el pensamiento crítico, porque somos capaces de imaginar la autoridad y porque somos capaces de luchar por un espacio de hegemonía para nuestras ideas, y tenemos que llevar esto cada vez más lejos.

No tengo tiempo, pero después querría hablar del ecosocialismo y el feminismo.

Angélica Sátiro:

—Está bien. Gracias, Marcia.

Marcia, que tiene esta perspectiva feminista y ecofeminista, fue exiliada aquí, en Europa, porque fue perseguida por ir contra el fascismo en Brasil. Solo para situar desde qué lugar habla.

Joan, ahora mismo estamos hablando del hecho de que el pensamiento crítico es imprescindible para hacer ciudad educadora. ¿Cuáles son tus ideas sobre esto?

Joan-Carles Mèlich:

Bueno, a ver. Esto se va calentando, cosa que me gusta mucho, porque tenía tantas cosas que decir, pero profundizando en lo que decía Marcia, con lo que estoy muy de acuerdo. Después responderé a la pregunta original que has hecho, cuando has citado las intervenciones de Philippe Meirieu y Marina Garcés.

Pero antes, para que no se me olvide. El problema de la inteligencia artificial es que, por ejemplo, si yo le pido que me escriba un texto, me lo escribe perfectamente. Y este es el problema.

No es un texto humano. Está escrito por una máquina. Está todo limpio.

No puedo resistirme a explicaros una anécdota, y confieso que yo también peco de ello. Hace pocos días puse un texto mío recién escrito. Cuando abres Google, te aparece una especie de modo IA o algo parecido.

Puse allí un texto mío y, para ver si me animaba, le pregunté qué filósofo podría haber escrito aquel texto. Me respondió: «Sin duda, Joan-Carles Mèlich».

Y después dije: «Mira qué bien, tengo un estilo propio».

Pero inmediatamente me respondió: «Pero podemos mejorarlo».

No es el texto de Joan-Carles Mèlich, porque el texto, naturalmente, se puede mejorar. Faltaría más. Incluso los textos de un premio Nobel se pueden mejorar.

Pero el estilo es el estilo de esta persona. En una entrevista le preguntan —hablan de esto con Jorge Luis Borges—. La gente decía que Cervantes escribía mal.

Pero si escribir mal, dice Borges, me sirve para escribir el *Quijote*, perfecto.

La gente dice que Dostoievski no sabía escribir. Pero ojalá yo pudiera escribir *Crimen y castigo* o *Los hermanos Karamázov*.

Por tanto, y esto tiene que ver con la pregunta que ha hecho Angélica, hay que volver al texto fundador, que es el libro séptimo de *La República* y, en concreto, el mito de la caverna.

Hay que volver a leer a Platón, pero no porque estemos de acuerdo con él, sino porque nos ayuda a pensar.

Yo no coincido con Platón; coincido con Sófocles. Eran contemporáneos. Pero esto ya sería dar una clase.

No, no, me refiero al hecho de que hay que volver al mito de la caverna, porque ¿qué pasa en el mito de la caverna? Pues Platón...

Observad una cosa, que a menudo los profesores de filosofía lo explican mal. El prisionero de la caverna no se desata y sube, sino que es desatado y obligado, contra su voluntad, mediante un acto de violencia, a salir de la caverna.

Esto, por ejemplo, María Zambrano lo ha subrayado muy bien. Y a menudo me encuentro con estudiantes que me dicen que el prisionero se libera.

Platón no lo ha dicho nunca. Al contrario, el prisionero no quiere liberarse. Lo que pasa es que después Platón hace su lectura de la verdad.

Bueno, vivimos en una caverna. ¿Qué quiere decir esto? Pues que vivimos en un mundo de sombras. Y un mundo de sombras es un mundo de ambigüedades, es un mundo de dudas, es un mundo de incertidumbres.

Y para poder habitar el mundo humanamente, no a la manera de una inteligencia artificial o de un robot...

El otro día vi un episodio de *Black Mirror*. No recuerdo cómo se llama, pero creo que lo comenté con los estudiantes y ya me lo recordarán después. Es impresionante porque se ve claramente. Es decir, la pareja de una chica muere y entonces ella puede crear una especie de cibernético. Creo que es de la séptima temporada.

Y este cibernético es perfecto. Nunca la contradice. Y ella dice: «Pero tú eres igual, todo igual, todo igual».

Pero claro, es un clon porque su marido ha muerto. «Tú no puedes estar de acuerdo conmigo». Y el cibernético le dice: «¿Quieres que te contradiga?». Y ella dice: «Claro que quiero que me contradigas, pero no quiero decirte que quiero que me contradigas».

«Tienes que contradecirme porque te salga de ti, no porque yo te lo diga. No has entendido nada». Todo encaja.

Es decir, si la ciudad se convierte en un puzzle en el que no hay ninguna pieza que no encaje, entonces estamos en un universo totalitario. Ya sea un totalitarismo político, económico, tecnológico o, naturalmente, cualquier otro tipo de totalitarismo.

Entonces el educador se convierte en un guía, en un guía, en alguien que sabe cuál es el camino y que marca hacia dónde tenemos que ir.

Solo recordar una cosa. «Guía» en alemán es *Führer*.

Bueno, ya está.

Angélica Sático:

Pues aplaudamos, porque son buenísimos.

Mira, como os he dicho, son dos amigos queridos. Seguramente seguiríamos hablando, porque de aquí hay mucha tela que cortar, como se dice aquí en España, pero ya nos han avisado del horario.

Por tanto, os haré la última pregunta y os pediré vuestra capacidad de síntesis, la máxima síntesis que podáis hacer.

Mira, la gente acostumbra a pensar que el pensamiento crítico es una cosa, además de esta idea equivocada de que pensar una cosa, sentir otra, la emoción otra, actuar otra, todo compartimentado.

La gente acostumbra a pensar que el pensamiento crítico está ahí, desconectado de la propia vida.

Marcia, en tu idea sobre el feminismo en común, defiendes que tenemos que construir sociedades basadas en el cuidado mutuo y en la protección de los cuerpos y de las vidas vulnerables; es decir, que el pensamiento crítico está conectado con la vida.

Tú, Joan, y tu ética de la compasión, que no nace de cumplir leyes abstractas, sino de verse ante el dolor de la persona herida y responder con cuidado a su sufrimiento.

Por tanto, esta conexión que establecéis entre pensamiento crítico y ética, partiendo de aquí, ¿podríais ayudar, a modo de cierre, a que esta gente tenga algunas ideas sobre cómo podemos vivir la propia vida con esta confusión emocional que hay, con todas las crisis que ocurren, y cómo el pensamiento crítico puede ayudarnos en estos contextos complejos?

Con capacidad de síntesis, así, tres minutitos.

Márcia Tiburi:

Tres minutos. Estamos siendo gobernados por los estados-plataforma; en algunos países todavía somos gobernados por las iglesias; somos gobernados por personalidades autoritarias.

La educación puede ser considerada como el gobierno de uno mismo y debe ser trabajada como una ética, es decir, como una conciencia sobre la producción de subjetividad.

Como educadores, seamos políticos de la educación, profesores, no importa, pensadores de la educación, tenemos que proporcionar caminos para que nuestros estudiantes, sean niños, jóvenes o adultos, puedan ser autónomos, pensantes, reflexivos y capaces de gobernarse a sí mismos, sin jerarquías y conjuntamente con los demás, con la intención de construir una educación permanente, intensa y para toda la vida, hasta el final de la vida.

Y creo que, desde mi perspectiva, sin poder presentaros ahora todos los presupuestos de esto, he desarrollado una teoría de lo que llamo ecosocialfeminismo, que va en contra de las políticas de violencia, de las políticas de enemistad, de las políticas del impulso de muerte que animan la perspectiva patriarcal, capitalista y capacitista del mundo, y que defiende la vida en aquello que llamamos planeta Tierra.

Me gusta mucho la perspectiva de Eliane Brum, porque hizo un desplazamiento muy importante, que ha ido haciendo desde hace mucho tiempo, y es importante citarla en este congreso, porque también está aquí.

Ella habló de cambiar el centro del mundo, y esto significa pensar en otra nomotología, es decir, en otra geografía, en otra espacialidad, concentrando el mundo, saliendo del orden de Wall Street, o de las grandes ciudades, o de los centros económicos, y volviendo hacia la naturaleza.

O volviendo hacia los bosques, que es un nombre concreto para la cuestión de la naturaleza. Pero esto solo será posible si cambiamos el gobierno del mundo. Y el gobierno del mundo nunca será capaz de hacer esta inversión mientras esté en manos de hombres autoritarios.

En este sentido, es a esto a lo que hago referencia cuando hablo del ecosocialfeminismo. Creo que esto está en manos de la democracia radical, que incluye todos los movimientos sociales.

Pongo el feminismo porque resume muchos de los movimientos sociales. En Brasil tenemos muchos movimientos: los movimientos por la tierra, los movimientos de las personas sin techo, los movimientos de las personas LGBTIQ+ y APN+, los movimientos indígenas y negros, y los movimientos de las mujeres feministas.

En Brasil también hay un movimiento antifeminista muy peligroso, así que me gusta decir que son los movimientos feministas.

Y quería dejar esto para que podamos reflexionar juntos. No es exactamente una respuesta, sino una llamada a la reflexión, y creo que este es nuestro papel como educadores, intelectuales públicos, políticos, personas que continúan pensando críticamente contra el lenguaje autoritario, contra este consumismo del lenguaje, contra los clichés de las redes sociales y los discursos prefabricados.

Por tanto, mi defensa del pensamiento crítico es una defensa del diálogo. Y de vez en cuando tendremos que hacer como en la caverna de Platón: forzar un poco, exigir que las personas sean capaces de esta reflexión para nuestra propia supervivencia en un planeta que también merece sobrevivir, porque el planeta Tierra no pidió que estuviéramos aquí. Es decir, nuestra responsabilidad es aún mayor.

Muchas gracias.

Angélica Sátiro:

Gracias a ti, Marcia.

Joan, las palabras finales sobre el pensamiento crítico y su ética de la compasión ante el dolor del otro.

Joan-Carles Mèlich:

A mi parecer, para que haya pensamiento crítico, hay que mantener viva una tensión que nunca estará bien resuelta entre tres ámbitos de la ciudad, que son los siguientes. Los digo en este orden, pero el orden no tiene ninguna importancia.

En primer lugar, el orden de lo político. Las leyes políticas, que vendrían simbolizadas por la figura o por aquello que hace Creonte en la *Antígona* de Sófocles, son necesarias. Pero, como de esto ya se ha hablado mucho, pasaré rápidamente al segundo ámbito.

Junto al ámbito político, tenemos el ámbito moral.

Para decirlo rápidamente, la moral es un conjunto de valores, normas, reglas y hábitos propios de una cultura concreta en un momento determinado de su historia. No hay morales universales; las morales son culturales, históricas, etcétera.

Para ser muy concreto, ¿qué es lo que me parece interesante de repensar aquí desde el punto de vista de la moral? ¿Por qué es importante pensar la moral desde la perspectiva del pensamiento crítico?

Porque me parece que lo más fundamental sería entender que no solo el urbanismo es importante, sino que es más importante la urbanidad.

Una ciudad será habitable, una ciudad será cordial. Cuando me traigan un café y me traigan la cuenta, diré: «Gracias, muy amable».

Cuando alguien está sentado —podríamos hablar largamente de esto— en un autobús, no en los asientos reservados para personas que merecen una atención especial. ¿Ya es grave que tengamos que poner asientos reservados? Esto ya es grave. Pero todavía es más grave ver quién se sienta en estos asientos y quién tiene al lado a estas personas y no hace absolutamente nada.

Esto es la urbanidad.

Claro, lo más fácil es decir: «Este señor es un facha» y punto final, ¿no?

Pues yo creo que esto es muy importante. Es muy importante respetar, es muy importante escuchar. Todo esto formaría parte del campo de la moral.

Y, finalmente, como ha dicho muchas veces Marcia, está el campo de la ética.

La moral es muy importante, pero no es suficiente; hay algo más. La ética es la zona oscura de la moral.

La ética es aquella relación cara a cara en la que las reglas morales en las que he sido educado entran en crisis o pueden entrar en crisis.

Y, por tanto, a veces, para ser ético, es decir, para ser compasivo, para ser cordial, para atender al sufrimiento del otro, tengo que poner en cuestión las reglas de la política y las reglas de la moral.

Nunca una respuesta ética será suficientemente buena. Si la respuesta ética es suficientemente buena y tengo la conciencia tranquila, la ética ha desaparecido de la escena.

Angélica Sátiro:

Muchas gracias, Joan. Muchas gracias, Marcia.

Me gustaría daros las gracias a vosotros, niños, niñas y adolescentes. Gracias.

Me gustaría cerrar esta mesa de diálogo invitando a cada uno de vosotros a volver a vuestras ciudades con esta idea clara en la cabeza:

Soy un pensador crítico. Puedo seguir pensando críticamente porque no soy solo un funcionario o una funcionaria.

Y sí, con el diálogo podremos desarrollar el pensamiento crítico de nuestras ciudades y de todas las personas que viven en ellas.

Muchísimas gracias.

Gracias. Adiós.

Adiós. Bueno. Ahora.

Gracias. Gracias. Muchas gracias.